

# Sobre la libertad de prensa. Un vistazo

Juan Guillermo Gómez García

La libertad de prensa ha acompañado el ciclo constitucional colombiano desde la independencia de la España monárquica-borbona. La Constitución de Cundinamarca de 1811 (la primera de nuestra historia constitucional), que somete al rey español a la obediencia de este texto legal y proclama la fe católica, contempla el derecho de los ciudadanos a manifestar sus opiniones por medios impresos y hablados. El artículo 16 explicita la libertad "...de la imprenta, siendo los autores los únicos responsables de sus producciones", aun cuando agrega que esa libertad "no se extiende a la edición de los libros sagrados, cuya impresión no podrá hacerse sino conforme a lo que dispone el Tridentino". La Constitución de Cádiz de 1812 (famosa quizá porque apenas logró ser efectiva dado la situación adversa en que actuaban sus diputados, rodeados por las tropas napoleónicas, y luego perseguidos al retorno del Fernando VII en 1814), que enumeraba en su art. 10 (título 2, capítulo 1), "Del territorio de las Españas", por cuáles territorios estaba constituido el reino español y que incluía a la Nueva Granada, contemplaba como una de sus facultades la de "proteger la libertad política de la imprenta".

Por escuetos que parezcan los datos de la libertad de prensa en esta consagración constitucional, la transformación de la opinión pública se hace notar enseguida en todo el ancho mundo hispánico. Decisivamente. En México, da ocasión, por ejemplo,

a que se publique por entregas en *El pensador mexicano* el famoso *Periquillo Sarniento*, del satírico José Joaquín Fernández de Lizardi, primera novela hispanoamericana que se balancea entre la picaresca tradicional y la novela moderna de formación (*Bildungsroman*). Entre nosotros podemos señalar, como parte de ese primer ciclo de periodismo independiente, el *Diario político de Santafé de Bogotá* de 1810, redactado por Francisco José de Caldas (quien había sido el director del más importante periódico de nuestro ciclo colonial, el *Semanario de la Nueva Granada*) y Joaquín Camacho. El *Diario político* tiene la notable singularidad de ofrecernos las primeras referencias del levantamiento del 20 de julio de 1810. En esas páginas, Caldas, con cuyo talento periodístico ya se había anunciado en las estampas de la geografía neogranadina (el mapa de la nacionalidad colombiana se prefigura en el *Semanario de la Nueva Granada*) se convierte en el cronista histórico de los acontecimientos de los días que siguieron al grito (por ambiguo que se juzgue ahora) de 1810. Allí el geógrafo patriota Caldas exalta al pueblo bajo y advierte la participación de las clases populares capitalinas, en particular de las mujeres plebeyas, placeras que odiaban a la codiciosa virreina, sin cuya acción directa el sentimiento anti-hispánico contra el odiado chapetón no se hubiera radicalizado a favor de la Independencia.

En la Nueva Granada (luego República de Colombia, por virtud de la nominación bo-



Renán Darío Arango. De la serie "Fantasmas de Nueva York". 1989. ©Herederos de R. D. Arango.

livariana) como en todas las colonias del eximperio español en América, el periodismo, con visión hispanoamericana, acompañó los dramáticos sucesos, alentó los ánimos patrióticos y disputó en pugnas virulentas, no exentas de talento intelectual, la imagen de nación soberana. Tal fue el caso de las disputas entre *La Bagatela* del centralista Antonio Nariño (osado traductor de los *Derechos del hombre y el ciudadano* en 1793) y *El Argos Americano. Papel político, económico y literario de Cartagena de Indias* publicado por José Fernández de Madrid y Manuel Rodríguez Torices (fusilado, como Caldas, en 1816). La prensa alentó la politización de la ciudadanía alerta, concitó al lado del parlamento (la institución generatriz de la vida democrático-burguesa desde la Revolución francesa de 1789), las tertulias y las discusiones a pulmón abierto, una nueva era del

nacionalismo naciente, de la utopía de una alianza pan-hispanoamericana.

Este nacionalismo pan-hispanoamericano independiente, que rebasa las fronteras anteriormente trazadas por la administración colonial española, encuentra su expresión más audaz en la llamada "Carta de Jamaica" (1815), que conoció su publicación sólo en inglés en vida de El Libertador en *The Jamaica Quarterly Journal and Literary Gazette* y *The Jamaica Journal and Kingston Chronicle*, en 1818 y 1825, respectivamente. Fue en Londres, en la empresa colectiva "Biblioteca Americana" (1823), una vez concluía la gesta liberadora, que el venezolano Andrés Bello (quien fue el primer periodista de Venezuela con la *Gaceta de Caracas* de 1808-1810), donde se publica el poema "América", llamado después

“Silvas Americanas”. La “Biblioteca Americana”, en la que participó activamente el cartagenero mulato Juan García del Río, pensada como órgano de comunicación entre el público culto y letrado desde México al Río de la Plata, acentúa como propio este ideario bolivariano: “América es nuestra patria”.

La prensa colombiana del siglo XIX fue de gran valor cultural y simbólico. Las agrias disputas dieron como resultado una guerra de ideas, de impresos y aun de los periodistas que a la vez eran parlamentarios, juristas, diplomáticos, legisladores, y algunos hasta sacerdotes. Los periodistas podían ser, incluso, y no raramente, jefes de Estado o ministros y, además, poetas reconocidos, como fue el caso de José Manuel Marroquín, autor de *La Perrilla* y quizá el jefe de Estado más sanguinario e intransigente de la historia colombiana. Ya en el ámbito continental, se tiene el caso del argentino Domingo Faustino Sarmiento, autor del *Facundo*, quien fue periodista, pedagogo y presidente. Igual sucede con el ecuatoriano Juan Montalvo, autor de *Las catilinarias*, audaz hombre de letras e impugnador de la dictadura de Gabriel García Moreno (a su muerte reclamó como suya la expresión: “Mi pluma lo mató”).

Entre nosotros, los periodistas escribieron las mejores páginas literarias de la tradición intelectual. La maestría prosística y la formación académica de Jorge Isaacs, otro gran periodista colombiano, posibilitan una obra como *María*. También es el caso del nacido en Colombia, crecido en Cuba y, si cabe así decirlo, repatriado, por Manuel Murillo Toro para la Comisión Coreográfica, Manuel Ancízar. Las sobrias páginas de su periódico *El Neogranadino* (1848-1857) van de la mano de uno de los libros más

valiosos de nuestra literatura colombiana, *Peregrinación de Alpha*. Ancízar luchó, además, por la libertad de prensa, abogó por la supresión del delito de difamación como crimen de opinión agravado.

Al lado de Ancízar, cabe mencionar al poeta Joaquín Pablo Posada, maestro de la sátira y del jocosos atrevimiento anti-oligárquico. Redactor del semanario *El Alacrán*, en asocio con Germán Gutiérrez Piñeres, “el alacrán”, Posada ganó fama desde el primer día de su publicación. Sus burlas dividieron la opinión pública. Fue odiado, perseguido y amenazado de muerte por los poderosos que denunciaba. Redactó *El 17 de abril*, periódico oficial de la mal llamada dictadura del general José María Melo de 1854. El satírico contra la oligarquía de los ricos avarientos (el primer brote de comunismo doctrinario en nuestro país) fue el defensor público además del único intento de revuelta anti-patricia (o anti-oligárquica) en Colombia en el siglo XIX, pues Melo traducía la protesta artesanal, la crítica abierta a la política librecambista, que solo beneficiaba a los ricos comerciantes importadores/exportadores (a la vez congresistas).

Por su parte, el defensor del librecambio; es decir, de los grandes intereses del capitalismo naciente, fue José María Samper, casado con la magnífica Soledad Acosta del *Diario íntimo*, quien redactó *El suramericano* (1849) y, en asocio con Salvador Camacho Roldán, *La Reforma* (1851). En mi opinión, en realidad Samper era un mediocre periodista a quien se le ha atendido en nuestras historias intelectuales con una indulgencia que roza la lambonería. Cada página de su afamada *Historia de un alma* me hace forzosamente retomar la lectura de *Recuerdos de provincia* de Domingo Faustino Sarmiento.

Soledad Acosta de Samper tiene un puesto singular en nuestra historia periodística. Fue una mujer excepcional, entregada al oficio de escribir, publicar, de modo profesional, incesante, como periodista y como novelista (*Un chistoso de aldea*, por ejemplo, es una lograda versión galdosiana de nuestra Independencia.<sup>1</sup> Se consagró de lleno al periodismo, y por ello podemos hablar de que fue la primera profesional del periodismo en nuestro país. Su periódico *La Mujer. Periódico para las familias. Revista quincenal redactada exclusivamente por señoras y señoritas* —1878- 1881— (reeditado parcialmente por Carmen Elisa Acosta, en el Instituto Caro y Cuervo) es el mejor ejemplo de la escritura periodística de finales del siglo antepasado, en busca de una escritora y de un lector femenino para enfrentar los desafíos de una modernización política y económica, en una nación que culturalmente se movía todavía en los moldes culturales de la Colonia. El lugar de la mujer para Soledad Acosta de Samper y sus colaboradoras estaba en el hogar, en la célula configuradora de la nacionalidad. La vida doméstica es el germen de la sociedad y la nación. Allí se inculcan los valores esenciales e inextinguibles de la vida para los niños y para las niñas también. Al inculcar en temprana edad los valores normativos de una ética familiar puritana, que ella conocía de primera mano en casa, se forja la ciudadanía futura. Respeto mutuo y disciplina ética (además de templanza, orden, determinación, limpieza, castidad, frugalidad) fueron sus principios inquebrantables. Quiso revertir (sin que muchos lo advirtieran) la grotesca educación de la simulación, hipocresía, crueldad e irrespeto propios de la herencia colonial. Expresado con más concisión, era una versión para mujeres colombianas de la ética social, propia de la *Autobiografía* de

Benjamin Franklin, padre fundador de los Estados Unidos.

Otro hito de la producción periodística en Colombia es El *Papel Periódico Ilustrado* (1881- 1887) dirigido por Alberto Urdaneta e ilustrado por José María Espinosa, Ramón Torres Méndez, José Manuel Groot, Epifanio Garay, Manuel María Paz, entre otros más, un periódico en el que por primera vez se conjuga la intelectual letrada, como empresa común profesional, con los exponentes de las artes plásticas y de otros oficios artesanales. No es casual que se recuerde a Urdaneta como promotor de la Escuela Nacional de Bellas Artes. Este *Papel* quiso rendir un homenaje al primer medio de prensa del país, *El Papel Periódico* (1791-1797) del modesto y eficaz impresor cubano Manuel del Socorro Rodríguez, director de la Biblioteca Pública de Santafé y fundador de la Tertulia Eutropélica. Su muerte, relativamente temprana, dejó huérfanas a sus ciento dieciséis entregas, que atrajeron la atención y admiración del mundo intelectual por encima de las pasiones políticas que dividían a las elites del poder en dos bandos irreconciliables.

Otra figura destacable fue Miguel Antonio Caro, un *debater* periodístico furibundo, que dejó su huella indeleble no solo al publicar *El Tradicionista* (1871-1876), en cuyas páginas despliega un dogmatismo antiliberal sin treguas y anti-masón sin contemplaciones, sino al contribuir al dar un viraje de ciento ochenta grados al proyecto liberal de nuestro federalismo de siglo XIX: Caro redactó a puerta cerrada, en la Casa Arzobispal, la ultra-católica Constitución de 1886 que rigió hasta 1991.<sup>2</sup> Caro era persistente, tozudo, irreverente; un escritor bien dotado, un hombre de convicciones inamovibles o, mejor dicho, de una torva convicción



Renán Darío Arango. De la serie "Fantasmas de Nueva York". 1989. ©Herederos de R. D. Arango.

o fe católica-papal monolítica, que le era como su estrella polar, un Torquemada nacido tres siglos y medio después. Creía que Colombia iba por mal camino, el peor camino imaginable en manos de liberales, que eran la ante puerta al socialismo ateo y que de la Providencia emanaba nuestro destino en la tierra colombiana. Protestar contra él era impío, pecaminoso. Los pobres debían convencerse de que su pobreza o miseria era una larga prueba que se debía asumir con mansedumbre; esta era toda su filosofía social. Solo Laureano Gómez, a mediados del siglo xx, prosiguió con comparativa intransigencia desde las páginas de *El Siglo*, la alarma celestial.

El siglo xx, en la rezagada Colombia, conoce el periodismo social, propiamente de masas, solo hasta los años veinte. El anacronismo con que la clase gobernante conducía el país, de Caro a Marco Fidel Suárez se ve, de súbito, envuelta en conflictos de clase que es incapaz de interpretar acertadamente. La prensa obrera emerge de las entrañas de un obrerismo que apenas se organizaba y que tiene sus figuras icónicas en Quintín Lame, Juan de la Cruz Varela y María Cano. A ese alzamiento popular corresponden una variedad de publicaciones que antes no existían o eran inimaginables en la República "carista": *El Camarada* de Tumaco o *El Comunista* de Cartagena en 1910; para 1916, *El Partido Obrero* de Bogotá y en 1919, *El Obrero Moderno* de Girardot, *El Luchador* de Medellín, *El Taller* de Manizales, y la *Ola Roja* de Ignacio Torres Giraldo en Popayán y para 1920, *El Socialista* "que se mantendría en pie por lo menos hasta mediados de los treinta", como lo documenta el historiador Mauricio Archila Neira, y agrega: "*Pensamiento y Voluntad* en Bogotá y *Vía Libre* en Barranquilla. El Partido Socialista Revolucionario (PSR) tendrá también sus órganos

de expresión como *La Humanidad* de Cali, dirigida por Torres Giraldo, y *La Nueva Era*, órgano del Comité Central".

La Masacre de las Bananeras (en inmediaciones de Santa Marta), ocurrida la noche del 5 de diciembre de 1928, el episodio de sangre más cruel, desmedido y brutal de nuestra historia nacional, será punto medular de estos movimientos y del nacimiento, con este bautizo de "sangre a chorros", de la opinión pública plebeya, con un tono, unas temáticas y un lenguaje que se distancian de los periódicos de la elite ilustrada tradicional. Periodismo de confrontación de clases, de denuncia, de agitación sin precedentes, periodismo perseguido, sospechoso, rojo, comunista, decididamente peligroso.

Son dos polos del periodismo sin punto de conciliación: el periodismo de élite, de tradición burguesa que empieza a desentenderse de cada uno de los artículos de la "Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano", excepto del último: "la propiedad privada es sagrada" y el periodismo de base obrera, de barrio obrero y sindicato de clase que predica lo contrario: los hombres somos libres e iguales y solo la propiedad privada lo niega.

Pero no es solo este periodismo de clase obrera, de sindicalistas y líderes agrarios lo que mina o confronta la prensa tradicional (encarnada por *El Tiempo* de la familia de Eduardo Santos, que fue, sin lugar a dudas, el periódico más poderoso e influyente de Colombia durante el curso del siglo xx) y, en general, al periodismo colombiano. Lo es un fenómeno global que analizaron para la Europa de la posguerra mundial Max Weber o, más punzantemente, Walter Lippmann: la figura del periodista, una de



Renán Darío Arango. De la serie "Fantasmas de Nueva York". 1989. ©Herederos de R. D. Arango.

las representaciones más vitales de la intelectualidad europea moderna (al lado del filósofo, el científico y el abogado), ya no encarna los ideales de las libertades públicas, no honra su compromiso con la verdad ni su lucha por la justicia social, razón misma y fundamento de la libertad de prensa. Muy lejos de estos ideales ilustrados y utópicos, ideales que habían engendrado la figura mítica del redactor del "Yo Acuso" Emile Zola, el periodismo moderno como gran empresa traicionaba su razón de ser de cara a los grandes debates nacionales.

El heroico periodista, que en el siglo XIX era el propietario de su maquinaria (que ocupaba un pequeño establecimiento), se convertía en el siglo XX en un pequeño y dócil funcionario de una empresa de capitales corporativos, en medio de una sociedad de masas que cambiaba caprichosamente. Ni propietario de sus medios de producción ni capaz de dominar la opinión pública volátil. *Los hombres las prefieren rubias* fue un impactante descubrimiento, es decir, el público de masas prefería entretenerse a ser bien y fielmente informado. Era veleidoso, manipulable, inescrupuloso con los grandes propietarios de medios. Ni el público deseaba educarse o formarse ni los grandes propietarios deseaban ser los docentes de la nueva nación, dominada por líderes populistas inescrupulosos (Karl Lügner, Hitler, Mussolini). La manipulación del público, la seducción de esas masas anónimas (que iban a cine y escuchaban radio) trastornó el periodismo radicalmente, marginó al luchador periodista que lo arriesgaba todo por la verdad y la justicia y ahora lo hacía por la chiva, sin importar su contenido de veracidad.

Y aun así, en estas circunstancias de cambio tuvimos notables periodistas: un Luis

Tejada (sus crónicas para *El Espectador* son antológicas) pero, sobre todo un José Antonio Osorio Lizarazo, quien alternó con el periodismo elitario de *El Tiempo* con un medio para las masas gaitanistas, *Jornada*: por primera vez los accionistas eran el pueblo, con acciones a dos pesos. Pero el asesinato de Jorge Eliecer Gaitán, el 9 de abril de 1948, sentenció a muerte también a *Jornada*; sin Gaitán vivo no había gaitanismo. O, mejor dicho, con un gaitanismo perseguido sanguinariamente por el laureanismo que llega al poder presidencial el 7 de agosto de 1950, se abortó el experimento más democratizador de la prensa colombiana en su historia. El gran periodista y mejor novelista que fue Osorio Lizarazo tuvo que exiliarse en Argentina, donde publicó dos libros memorables, la biografía *Gaitán: vida, muerte y permanente presencia* y la novela (para Hernando Téllez una joya de la literatura colombiana) *El día del odio*.

Como los lectores saben, pues es ya parte de su inmediata experiencia, en Colombia, como en casi todo el planeta, el periodismo de rotativa y papel es casi cosa del pasado. La libertad de prensa, que se había consagrado como uno de los pilares de la modernidad constitucional ("La libertad a todo hombre de hablar, escribir, suprimir y publicar sus pensamientos, sin que sus escritos puedan ser sometidos a censura alguna ni inspección antes de su publicación, y ejercer el culto religioso al que está vinculado.", reza el título II, artículo 3 de la Constitución francesa de 1791), fue un episodio glorioso y a la vez tormentoso en la historia europea. Entre nosotros, de Caldas a García Márquez y Jaime Garzón, pasando por Ancízar, Soledad Acosta de Samper, Baldomero Sanín Cano, Luis Tejada, Osorio Lizarazo, hemos tenido grandes representantes de la prensa escrita. Se hace imprescindible





Renán Darío Arango. De la serie "Fantasmas de Nueva York". 1989. ©Herederos de R. D. Arango.

mencionar mujeres tales como Olga Behar, María Jimena Duzán, Laura Restrepo, Patricia Lara, entre muchas más. Nada de esto parece sobrevivir a la avalancha mediática de las redes sociales actuales, a los *influyentes* que modelan la opinión pública, más que los Premios Nobel.

La noche del periodismo escrito, el ocaso de los grandes rotativos con sus lectores a los que a diario les llegaba su pan de letras matutino (Hegel consideraba la lectura de la prensa diaria como el baño de realidad del ciudadano ilustrado), llegó a esa memorable institución. El soberbio formato escrito, con las secciones prefijadas y las páginas de entretenimiento (al lado del horóscopo, las tiras cómicas y los crucigramas) delataba una modalidad de ciudadanía que la globalización mediática hace trizas. Ese formato de grandes pliegues que hedónicamente uno abría con la pinza humana que formaba el índice replegado al pulgar, como signo de soberano lector (era un diálogo muy personalizado de editor a lector contra el que uno tenía la libertad de pensar, mientras sacudía sus páginas: “Santos, ¡mierda! ¡no mienta tanto!”), y que ahora se reduce a un consolador mezuquino, de luminosa pantalla reducida, que se le va la batería justamente cuando más se desea terminar la tira informativa, a montones, de noticias y comentarios de noticias que nos llegan de todo lado. Que nos sacan alguna interjección instantánea, tras cada impresión instantánea en cascada continua.

No hay ninguna nostalgia en anotar la lenta muerte del dinosaurio de papel entintado, y nadie puede decir que los tiempos del periodismo de ayer eran mejores y más eficaces que los del presente. Solo han variado los formatos, los modos fragmentarios de la lectura (anteriormente también existía),

la extensión y los modos lingüísticos. Es difícil no predecir el fin de una modalidad de democracia informada (una época clásica de nuestro periodismo colombiano que ya podríamos englobar en el periodo comprendido de mil setecientos y pucho al dos mil y pico), contraída en general a un selecto lector de clases altas y medias. Este signo distintivo de democracia restringida me parece ha fenecido, al menos en gran medida, y la guerra por un periodismo nuevo o un neo periodismo tras el que se despedacen las diferentes tipologías de la IA me tiene sin el menor cuidado. Por el momento...

## Referencias

- <sup>1</sup> La lectura del llamado *Diario íntimo* de Soledad Acosta Kemble (publicado por Carolina Alzate en el 2004) es sobrecogedora. En virtud de su origen familiar encumbrado, hija del general Joaquín Acosta, un “consentido” oficial bolivariano (hijo del propietario de las más ricas tierras de Guaduas), y de una madre severamente puritana, dispone de experiencia y conocimientos literarios vastísimos para su edad (tenía 20 años al escribirlos) y época. Es su obra temprana magistral. Apasionada y sumida en la soledad y tristeza por la muerte temprana de su padre, se enamora “perdidamente” del petardo de José María Samper. Su hija mayor, Bertilda Samper Acosta, ingresó, en contra del deseo de la madre a un convento. A la madre María Ignacia debemos la reescritura de Novena de Aguinaldos que todos los años rezamos con devoción familiar en Colombia, Ecuador y Venezuela.
- <sup>2</sup> En medio renglón usurpa la educación pública para encomendársela exclusivamente a la Iglesia católica. Persigue al periodismo independiente (liberal, en cualquiera de sus matices). Maneja el país con puño de hierro, persigue y encarcela a discreción, envía al exilio a sus opositores, los manda a ejecutar. Solo lo supera en el siglo XIX en crueldad y estupidez malsanas José Manuel Marroquín.

**Juan Guillermo Gómez García** es profesor de la Facultad de Comunicaciones y Filología de la Universidad de Antioquia.